


Poner orden: el itinerario espiritual de Pedro Fabro

di LUIS GARCÍA ORSO S.J.*



El 15 de junio de 1542, Pedro Fabro, primer sacerdote de la Compañía de Jesús, decide escribir las gracias espirituales que va encontrando en su vida cotidiana, como un testimonio agradecido y memorioso de la obra de Dios en él. Así lo hace hasta principios de 1546, año de su muerte. Su diario espiritual recoge esas gracias y mociones del Señor al ritmo de su oración diaria y de los lugares y las actividades a los que la obediencia lo lleva, obediencia que es escucha atenta del Señor en todas las cosas del día y camino que va recorriendo unido a Él. Así el itinerario geográfico y apostólico del hombre contemplativo en la misión se convierte en su itinerario espiritual, que el mismo Fabro lo resume en algunos momentos, como cuando expresa el deseo de “mirar lo que está más alto” en lugar de “moverse a ras del suelo...inclinado a las cosas ínfimas” (184), o de “poner orden” en toda su vida (333) y “tender a lo que le place a Dios” (54); o cuando confiesa que vivió un tiempo de la inconsciencia, luego un tiempo de búsqueda y de discernimiento, después una invitación a volver su amor a Dios y al prójimo más efectivo y servicial (cfr. Memorial 353 y 203).

Aquí presentamos una síntesis en cuatro claves de ese itinerario espiritual (Todas las citas se refieren al Memorial). La lectura atenta y meditativa del texto mismo de Fabro puede alcanzarnos los frutos que él mismo enuncia: “sea que sirvan para rezar mejor, o contemplar, sea que concurran a entender, a actuar, o a alcanzar cualquier otra ventaja espiritual” (Introducción al Memorial).

Pedro Fabro, un ser humano desordenado y en búsqueda de Dios

Toda la vida de Pedro Fabro está acompañada por escrúpulos, remordimientos, tristezas, turbaciones, angustias, ansiedad, temores, confusiones, sufrimientos espirituales, desconfianza de sí y de otros, juicios negativos de sí y de los demás, tentaciones carnales, impureza, inclinaciones de lujuria, sensación viva de ser muy débil e imperfecto... (cfr. 9, 11, 12, 35, 64, 66, 168, 188, 192, 241, 268, 277, 294, 353, etc.). Así es

* LUIS GARCÍA ORSO S.J., jesuita mexicano, doctor en teología, ha sido docente de Teología Fundamental. Actualmente es asesor espiritual y académico en el Pontificio Collegio Pio Latino Americano en Roma, lgorso@jesuits.net

como lo va a encontrar Ignacio en París y lo va ayudar a discernir y hacerse libre (6, 9). Así incluso termina su memorial en enero de 1546: “por la experiencia de diversas tentaciones, sentí que tenía necesidad de una gracia abundante que me defienda contra mis sentimientos de pobreza y las tentaciones provenientes de mis varios temores y deficiencias” (443).

La vida de Fabro es como una vida desordenada: atormentada, afligida, deseosa de salir adelante (64, 294). Siente hondamente la desnudez de su alma (168), siente que su vida se mueve a ras del suelo (184), se ve a sí mismo como la mujer encorvada del evangelio (Lc 13, 10-17) (184). Confiesa que la confusión y el desorden forman parte de su naturaleza (192), y que reviven en él las experiencias de muerte e inquietud, de desorden, malos espíritus y falta de discernimiento, que creía ya se habían atenuado (268). Es decir, siente dentro de sí los signos del viejo Adán más de lo que quisiera (277), o el mal espíritu que arrastra nuestro espíritu y nuestra carne a lo más bajo (294, 314).

Le parece que las reflexiones que le vienen de sus desordenes son su ‘cruz’, con tres elementos: inconstancia en la santificación, defectos en las obras de caridad al prójimo, falta de devoción o de dedicación a Dios (241, 277).

El mismo Pedro hace un recuento (cuando está en Maguncia, en julio de 1543) de tres etapas de su vida espiritual, de su conocimiento de sí: “Hubo un tiempo en el que yo no me daba cuenta de mis defectos, ni internos ni externos; ni siquiera sentía la gracias de Dios (...). Luego vino un tiempo en que la gracia me fue otorgada, y me fue concedido buscar la paz que ella lleva consigo (...). Finalmente, el Señor, para acrecentar todavía más el cúmulo de sus misericordias, me ha hecho ver que yo me acomodo demasiado plácidamente en mi Dios y en el amor al prójimo, mientras que tengo notables faltas en actuar tantos y tan grandes talentos que se me han concedido” (353).

Pero este conocimiento de sí tan doloroso y atormentado, tan sincero y humilde, no llevará a Fabro al desánimo sino a Dios, para confiarse en su gracia y a hallar en Él la verdadera medida de su humanidad: “crecer en la vida consiste en mirar lo que está más alto” (184); así que Fabro, desde su bajeza, mirará a Aquel que lo salva. Fabro experimenta que el Señor le da siempre la gracia de “pedir, buscar y llamar” (12).

Discernir los espíritus – como veremos enseguida con más detalles – y orar insistentemente – sobre todo centrado en la vida de Jesús (188-189) – van llevando a Fabro a hallar la paz y la castidad del cuerpo y del espíritu gracias a la Bondad del Espíritu (cfr. 30, 35, 66, 188, 192, 241, 254, 304, 353, etc.).

El discernimiento como camino para ordenarse

Ya desde el principio de su memorial, Pedro Fabro da testimonio de que el Señor lo va a enseñar a discernir las muchas agitaciones de su vida y lo va a hacer libre: “Él me daba la gracia de pedir, buscar y llamar, y aquí están incluidas las innumerables gracias de conocimiento y sentimiento sugeridas por los varios espíritus, que yo entonces día a día iba conociendo” (M 12). Pedro va aprendiendo por experiencia y por gracia de Dios: “Para discernir el buen espíritu del malo importa mucho conocer, penetrar y expe-

rimentar los altos y los bajos que suceden en cada uno, lo mismo que el crecimiento y la disminución” (88), y va logrando una notable perspicacia, finura y claridad de discernimiento (cfr. 143, 146, 155-158, 170, 241, 249, 254, 294-296, 300-302, 304-306, 314, 335, etc.), así como humildad para hacerse solamente “un instrumento del buen espíritu” (158) y “conocer y sentir las cosas de Dios” (295). Las tentaciones del mal espíritu lo llevan a asumir con paciencia y realismo su condición humana: “si no fuera así, no nos daríamos cuenta de nuestra arena” (296), y a pedir la gracia de “estar siempre orientado hacia los bienes que están por delante y por encima” de uno (294), a “buscar a Dios y a Cristo fuera y por encima de toda criatura, y a querer conocerle” (305).

Fabro se siente impelido con fuerza “en un movimiento continuo hacia los bienes que quisiéramos tener y poseer” (295), y él se deja llevar, enseñar, formar, siempre en camino hacia Dios y en el camino de la misión; no quedándose conforme sino siempre en busca de lo que agrada a Dios: “Dispón tu corazón a subir, a crecer, a progresar hacia el interior” (54). Identifica él tres modalidades del progreso espiritual: conocimiento de Dios y de sus mociones, conocimiento de sí mismo y de aquello que es para su bien, conocimiento de las mociones para bien del prójimo (295).

Una acción tan simple como ajustar su reloj, le da a Fabro la luz para darse cuenta que es Dios el que quiere ‘ajustar’ su vida y que a él le pide poner toda su dedicación y atención en el ejercicio espiritual (248-249) y estar siempre con el corazón abierto a Dios y a las cosas de Dios (143). Y “es a través de la mortificación de la propia carne y la abnegación del espíritu como se llega a la posesión de Dios. Por eso hay que entrar por la puerta estrecha, y ésta, si se la considera bien en cada uno, es precisamente el camino para llegar al corazón. Y allí dentro, los que se han inclinado para entrar, se encuentran inmersos en la verdad de la vida” (355).

Por eso Fabro suplica la gracia de “poner orden” en él y en toda su vida cotidiana (333). En el espíritu del principio y fundamento de los ejercicios ignacianos, Fabro reconoce que ese “orden” de su vida toda no lo alcanza si no se libera de sus apegos y aficiones, si no busca en primer lugar lo que le agrada a Dios (54) y si no se deja poseer por el amor-caridad que viene de Dios (72). La dirección fundamental de la vida es para Fabro “el amor de Dios buscado por sí mismo” (54). La “orientación de nuestro amor” se convierte así criterio principal de discernimiento (146).

Entonces se graba en él un gran deseo: “Abrirse y dejarse tomar por Cristo, que entra en mí, y dejarle ocupar el centro del corazón. Entonces todos los vicios y las imperfecciones se fundirían frente a Él como la cera ante el fuego” (68). Jesucristo se convierte para él en su “Principio y Fundamento”, el ‘orden’ de su vida, el modelo de su servicio y misión. Así escribe su compromiso:

“La tarea de los apóstoles y de los discípulos de Cristo y de sus sucesores es que todo lo que es de Cristo y viene de él, por medio de él y en él, todo lo que le es propio y hace referencia a él, y está ordenado por el Padre a su gloria, todo eso tienen que buscarlo con la máxima

diligencia, pensarlo, imitarlo, glorificarlo y difundirlo, para que de esta forma no se pierdan los beneficios procurados para nuestra redención” (343).

El encuentro con el Señor ordena la vida

En agosto de 1542, en Espira, Fabro escribe: “El Señor empezaba a darme la gracia de poner en orden mi espíritu, de modo que el primer movimiento del corazón fuera desear lo que es esencial y original; que el primer lugar se deje a la solicitud constante de encontrar a Dios, con los ejercicios esenciales a nuestra disposición para buscarle y encontrarle inmediatamente, a saber, la oración, la contemplación y sobre todo la misa” (63). El peregrino inquieto desea de corazón lo que es ‘esencial’, desea buscar y encontrar al Señor, y para esto – en esta dirección fundamental aprendida en los ejercicios ignacianos (cfr. EE 23, 169, 177, 184, 189, etc.) – orar será vital en su vida diaria. Oración que Fabro practicará de muchas y variadas formas (cfr. 21): orar a cada una de las personas de Dios Trino, orar a Cristo especialmente, a la Santísima Virgen, a los santos que recuerda cada día; orar por los difuntos, por personas vivas, por pueblos y sus necesidades; orar siguiendo los misterios de Cristo, celebrar diariamente la eucaristía, rezar el oficio divino, pedir por intenciones particulares, orar con todos los sentidos y con el cuerpo (22, 187), rezar con oraciones aprendidas en su familia, etc. (casi todos los números del memorial de Fabro dan cuenta de su oración).

Las gracias y frutos que se piden en las cuatro semanas de los Ejercicios están siempre presentes (303). Así mismo recomienda atender el tiempo, el lugar, las personas, las palabras, la preparación y la revisión de la oración, y sobre todo “el movimiento del corazón hacia Dios” (37).

Cada experiencia vivida se vuelve para Fabro materia de su oración: su viaje de España a Alemania (32) y las ciudades capitales importantes de entonces (33), sus múltiples viajes y las personas que encuentra (434), el recuerdo de sus compañeros en dispersión (48), el regreso de un misionero (73) y las personas que lo ayudaron (76), las personas que trabajan en una iglesia que él visita y el adorno mismo del templo(87), los familiares de sus compañeros (123), un amigo (341), las catástrofes en pueblos (57, 151), los enfermos e indigentes (159), los frutos de la tierra, la paz del país (147), sus sacerdotes y maestros (190), los que no son cristianos (151), las palabrotas que oye en una hospedería (408), el portero que no lo permite entrar a la capilla real (412), etc. Fabro se empeña por ver y amar a Dios “en todas las cosas” (306).

Fabro agradece que el Señor tenga muchísimos caminos para conducirnos y “alcanzar Amor” y crecer en él, para servir a Dios y a las personas (66). En la Navidad de 1542, Pedro agradece su progreso espiritual en el deseo de “buscar los signos del amor de Dios, de Cristo y de las cosas que se refieren a él, para que en el futuro tienda a meditar más, desear predicar más y practicar con un corazón generoso lo que Dios quiere” (202).

Fabro es muy claro en proponer una oración que lo ordene para realizar buenas obras a favor de los demás y buenas obras que nos lleven a la oración; ambas dimensio-

nes enriqueciéndose y potenciándose mutuamente, para “encontrar a Dios en todas las cosas”, o ser “contemplativo en la acción”, porque en ambas actividades se vive el espíritu de Cristo (cfr. 126-128). Esto es lo que él considera el criterio esencial y lo que hay que revisar, siendo conscientes de que ir en ayuda del prójimo exige mucho para verdaderamente hacer el bien y no buscarse a sí mismo: “se necesita mucha luz espiritual” (128). Las buenas obras son consecuencia de un nuevo orden interior que comprende tres ángulos de la vida espiritual: la renuncia a sí mismo y al propio egoísmo, para ayudar y servir al prójimo, y para manifestar la piedad hacia Dios y sus cosas (cfr. 129).

La vida espiritual de Fabro se nutre de todas las experiencias exteriores e interiores que va viendo, y se vuelve una vida de memoria, gratitud y entrega a Dios y a la gente. Por ello decide escribir sus memorias espirituales: “Escribir – para recordarlas – algunas de las gracias espirituales que Dios me había concedido, sea que sirvan para rezar mejor, o contemplar, sea que concurren a entender, a actuar o a alcanzar cualquier otro provecho espiritual” (Memorial, Introducción en Espira). En sus primeras páginas repite una y otra vez “recuerda”: los beneficios recibidos, las gracias, las personas, los frutos, etc. (cfr. 19-23). Este espíritu marca el inicio de su diario y lo atraviesa todo, inspirado en el salmo 103: “Alma mía, bendice al Señor, y no te olvides de las dádivas que te hace quien salva tu vida de la perdición y te corona con su misericordia sobreabundante” (Espira, introducción).

Del amor recibido al amor ordenado que se entrega a los demás.

Desde la experiencia vivida y sufrida por Fabro de tantos desórdenes, tentaciones, tristezas y temores, el Señor lo lleva a experimentar su Amor en un nuevo orden de confianza, humildad y libertad, como tanto se lo ha suplicado (66). Fabro nos hace ver que se trata de un proceso que va pasando por etapas en cada persona: “pricipiantes, proficientes, perfectos” (67), en las que el Señor nos ayuda a ir creciendo para que sea “el amor el que impulsa a conocer a Dios y su voluntad, para realizarla con todos los medios posibles” (67); por eso pide en la comunión “abrirse y dejarse tomar por Cristo, que entra en mí, y dejarle ocupar sobre todo el centro del corazón” (68). Cree firmemente que cuando el amor-caridad se posesiona de toda la persona, entonces uno encuentra orden, paz, libertad (72).

Igualmente Fabro cree que alcanzamos misericordia de Dios si nos entregamos a obras de misericordia espiritual con el prójimo, a veces más que con la oración personal (341). Así mismo invita a buscar a Dios en las buenas obras por los demás para encontrar mejor a Dios en la oración, y a orientar la oración “hacia los tesoros de las buenas obras” (126-128). Llega un momento de su itinerario espiritual en que afirma: “Con ese espíritu debemos pasar el resto de nuestras vidas, haciéndolo todo por el servicio del prójimo y la gloria de Dios. En el pasado ya hemos vivido bastante, más aún demasiado, para nosotros mismos y para nuestra comodidad en este mundo, como si hubiéramos nacido sólo para nosotros mismos” (194). Comparte Fabro su experiencia para ayudar a todo cristiano a reconocer las etapas de crecimiento y el momento en que el Espíritu

le pide “no tanto a ser amado por Dios, cuanto a amarle”. La vida de Fabro es un crecimiento en el amor (67).

Fabro quiere hacer de su vida toda una entrega *ordenada*, un “culto” (cfr. Rom 12, 1), y ofrecerse a Dios totalmente para darle gloria, servirle, obedecerle, “dándome y entregándome por completo en el bien de mis hermanos y por amor de ellos” (323). Evidentemente Fabro quiere seguir el ejemplo de Jesús – es parte de su Compañía –, “imitando a aquél que se dio por completo a cada uno, y vivió, sufrió y murió por cada uno” (429). Por eso en el espíritu del Evangelio, de los Ejercicios y de las Constituciones de la Compañía, Fabro expresa así su profundo deseo y su oración: “Entonces deseé y pedí, con gran devoción y un sentimiento nuevo, que me fuese concedido finalmente ser servidor y ministro del Cristo que consuela, socorre, libera, cura, salva, enriquece y fortalece. Y eso para que también yo, a través de Él, pueda ayudar a muchos, consolarlos, liberarlos de sus enfermedades, hacerlos libres, iluminarlos no sólo en el campo espiritual, sino también – si tal audacia y esperanza las permitiera Dios –, en el material, con todo lo que la caridad puede hacer por el alma y el cuerpo de cualquier hermano” (151).

Conclusión

Ésta es la figura de Pedro Fabro que se transparenta como servidor de Cristo en todas las misiones a las que lo lleva la obediencia al Papa y a su Superior religioso, por Italia, Francia, Alemania, España y Portugal (en tan sólo siete años): participa en los coloquios entre católicos y protestantes en Worms y Ratisbona, trata personalmente a protestantes y no creyentes, expone clases de teología, da los Ejercicios Espirituales como ningún otro del grupo de Ignacio, da un lugar prioritario a las conversaciones personales y las confesiones, funda comunidades y colegios de la Compañía, promueve y consigue vocaciones a la Compañía, trata con notable acierto, acogida y delicadeza a reyes y nobles, cardenales y obispos, clero y religiosos, universitarios y gente sencilla; es enviado al Concilio de Trento y muere antes de llegar.

Fabro ha sentido hondamente el desorden interior y la necesidad de ordenarse, por ello quiere y desea intensamente que Cristo lo *ordene* para ser todo de él, para que él sea su paz y alegría (425): “me esforzaré por hacer que Cristo – camino, verdad y vida – se encuentre en el centro de mi corazón” (307), “como la esposa que se mantiene junto al esposo con un amor apasionado, y que no podría soportar quedarse mucho tiempo sin verlo” (381). Ese es Pedro Fabro: el hombre enamorado, apasionado, entregado, a causa de Jesús. Desde su pequeñez y debilidad, Fabro ha sido llevado a “mirar lo que está más alto” (184) y así ordenar su vida toda.

Pocos meses antes de muerte, Fabro deja escrito en su diario (en Valladolid, septiembre de 1545) algunos de sus últimos deseos, y uno en particular sobresale por su hondura y por su radicalidad: convertirse en “escoba de Cristo” (440) que sirve para ayudar a limpiar la vida de las personas, mientras él se queda sucio y maltrecho, pero no desordenado; gastar y ensuciar su vida con tal de ayudar y servir a los demás. Y como si

esto no le bastara, lo mismo desea para toda la Compañía de Jesús y sus futuros miembros: “Deseaba además que Dios encargara esa tarea a la Compañía entera, para que Cristo, que tiene instrumentos tan admirables en su casa, o sea en la Iglesia, se dignase empezar a limpiarla y a utilizarnos a nosotros, y a todos los miembros futuros de la Compañía, como instrumentos bastos y a propósito para ser sus escobas” (441).

Bibliografía

- FABRO, Pedro, *Memorias espirituales*, Edicep, Valencia, 1991 (traducción de la edición italiana de G. Mellinato).
- GARCÍA DE CASTRO, José, *Pedro Fabro: orar y vivir*, en *Sal Terrae* 94 (2006) 551-571.
- GÓMEZ-PUIG, Enrique, ***Pedro Fabro, un modelo inspirador para la cultura de nuestro tiempo***, en *Ignaziana* 18 (2014) 209-272.
- LEITNER, Severin, *Fisonomía espiritual de Pedro Fabro*, en *Revista de Espiritualidad Ignaciana* 109 (2005) 1-25.
- RAMBLA, Josep Ma., *El arte de la amistad en Ignacio de Loyola*, en *Eides* 51 (2008) 3-31.
- RODRÍGUEZ, Hermann, *Peregrinación interior de Pedro Fabro*, en *Theologica Xaveriana* 160 (2006) 641-664.
- SARIEGO, Jesús Manuel, *Pedro Fabro: del temor al amor apostólico*, en *Diakonía* 119 (2006) 44-64.
- ZAS FRIZ, Rossano, *Pedro Fabro, amigo de Dios*, en *Manresa* 78 (2006) 211-222.
- ID., ***“Él es lo primero y principal”***, en *Ignaziana* 1 (2006) 54-78.